

Estados Unidos: una mirada en tres libros

Julio Fernández Bulté

Profesor. Universidad de La Habana.

La Editorial Península publicó la traducción al español de *El precio de la lealtad. George W. Bush, la Casa Blanca y la educación de Paul O'Neill*, de Ron Suskind. La obra es un testimonio demoledor sobre la falsa e inescrupulosa política de Bush, recogida por el periodista Suskind, de los testimonios orales y documentales de Paul O'Neill, quien fuera Secretario del Tesoro en los Estados Unidos, bajo el mandato de Bush. Este puso en manos de Suskind centenares de documentos que eran la constancia oficial de sus funciones y decisiones en la Secretaría del Tesoro, así como un rico y extraordinario testimonio oral que lo caracterizan como un hombre que tenía por premisa la gestión pública, la lealtad, la fidelidad absoluta a la presidencia y a los altos intereses nacionales.

La primera batalla que tuvo que librar O'Neill junto a Suskind fue justamente que las informaciones del libro

no fueran consideradas delito, dado que se ponían a disposición del público documentos no desclasificados e informaciones muy confidenciales de reuniones y opiniones vertidas en la Casa Blanca, especialmente por el propio presidente. Si el texto se consideraba delictivo, podía ser decomisado y se hubiera perdido todo el esfuerzo realizado para su producción.

Aunque Bush no pudo lograr que se sancionara a O'Neill, lo despidió como Secretario del Tesoro. No podía soportar lo que ponía a la vista de todos este libro, que demostraba, entre otros muchos aplastantes datos, que toda la política de impuestos y de tasas de interés de Bush estaba divorciada de sus plataformas electorales, e incluso de las más sopesadas y prudentes opiniones de sus consejeros y colaboradores profesionales. Revelaba además, de modo irrefutable, que desde que se instaló en la Casa Blanca, había tenido el objetivo de agredir a Iraq y derrotar a Saddam Hussein, y que todo el montaje de las supuestas armas de exterminio masivo era pura engañifa para envolver y justificar su política agresiva cuyo propósito central era engordar las arcas de sus empresas y las de Dick Cheney. Dos hombres que mienten sin piedad y que

Ron Suskind, *El precio de la lealtad. George W. Bush, la Casa Blanca y la educación de Paul O'Neill*, Editorial Península, Barcelona, 2004; Daniel Patrick Moynihan, *Ensayo histórico sobre la Ley de las Naciones*, Grupo Editor Latinoamericano; Buenos Aires, 1994; Thomas L. Friedman, *Tradición vs. innovación. Buscar el equilibrio en la era de la globalización*, Atlántida, Buenos Aires, 1999.

este libro —como dice la presentación editorial— retrata despiadadamente.

Otro tanto ocurre con las revelaciones sobre las verdaderas posiciones del presidente norteamericano en relación con el calentamiento global y la suscripción del Tratado de Kyoto, lo que llevó a *The New York Times* a decir: «este libro demuestra, con profusión de detalles persuasivos, las corruptelas de la administración de George Bush y su noción del servicio público». Se relata con exactitud cómo, desde el 18 de diciembre de 2000, primer día de su mandato presidencial, se puso de manifiesto la falsedad de sus promesas electorales; su compromiso con las grandes empresas petroleras y su hipocresía, amén de su falta de escrúpulos, en todo lo relacionado con la protección del medio ambiente. El texto narra cómo empezaron los choques entre el presidente y su camarilla, de un lado, y la señora Christine Whitman, administradora de la Agencia de Protección Ambiental, de otro. Bush, rápidamente, se desmarcó de su programa electoral centrista y moderado y dejó ver su total desinterés por la suscripción del Protocolo de Kyoto; se vio claro su compromiso con los conservadores y ejecutivos del sector energético.

El autor relata minuciosamente las complejas relaciones de Christine Whitman con el equipo de conservadores de Bush y la ayuda que recibió de Paul O'Neill, hasta que, a mediados de marzo, en el despacho oval,

el presidente se sentó en el sillón orejero que hay junto a la chimenea y Whitman hizo lo propio en el filo del sofá color mostaza. Sonrió y empezó a hablar, sin más preámbulos, sobre la importancia de promover la cooperación internacional, sobre las cuestiones científicas que no podían ponerse en duda y sobre la credibilidad de los Estados Unidos. Bush la interrumpió en seco. «Christie, mi decisión está tomada». Tenía una carta preparada de antemano y le leyó unos fragmentos. El presidente se opondría a Kyoto [...] En cuanto a la promesa electoral de regularizar el dióxido de carbono en los Estados Unidos, ahora había cambiado de idea.

El libro lleva como título, justamente, *El precio de la lealtad...*, porque como dijo Bono en una conversación con Suskind: «O'Neill es asombrosamente leal —una cosa anticuada, en realidad— e inspira una gran lealtad a otros». Es precisamente esa noción de la lealtad que lo lleva a romper el juramento de fidelidad que lo unía al presidente, como Secretario del Tesoro; porque considera que su lealtad principal se la debe al pueblo norteamericano, a la nación y a los principios que informan su Constitución y lo mejor de su historia.

Este testimonio fue un rayo que rasgó el firmamento político de los Estados Unidos e hizo tambalearse al presidente Bush. El periódico español *El Mundo* expresó:

Es un demoledor cuadro del hombre más poderoso del planeta y los entresijos de su gobierno; un presidente aislado de sus colaboradores, de ideas fijas y al que no le importa el porqué de las políticas que adopta, incluida la guerra de Iraq, sino solo el cómo.

Para los cubanos no tiene sorpresas que nos dejen atónitos. Pero sí es portador de informaciones que confirman, datos reveladores, verdades irrefutables que ponen al desnudo la verdadera cara del gobierno que se hospeda en la Casa Blanca actualmente.

Otro texto que se acerca a los gobiernos estadounidenses es *Ensayo histórico sobre la Ley de las Naciones*, publicado por el Grupo Editor Latinoamericano. Su autor, Daniel Patrick Moynihan, comienza por comparar el sentido imperial en hombres como Woodrow Wilson y la quiebra ética y jurídica de la idea en los más recientes presidentes de los Estados Unidos —sin incluir el mandato del actual presidente, George W. Bush.

Wilson, a inicios del siglo xx, luchó denodadamente por lograr la formalización de la Liga de las Naciones y la incorporación de los Estados Unidos con un papel protagónico. Era parte de una batalla que había librado contra el Congreso, dominado por sectores conservadores, por imponer su idea de que el mundo tenía que regirse por la que entonces solían llamar «la ley de las naciones», es decir, el Derecho Internacional Público. Aquel presidente que odiaba todo imperialismo que no fuera el de su país, con la impronta de su formación académica, había luchado por evitar la guerra. No por casualidad había comenzado su administración eligiendo a William Jennings Bryan, reconocido pacifista, como Secretario de Estado.

Sin embargo, años más tarde, otro demócrata, Franklin Delano Roosevelt trataba de arrastrar al Congreso —y no enfrentarse a él como había hecho Wilson— tras la idea y la política de defender la presencia de los Estados Unidos en la nueva etapa de posguerra, con un papel dominante, hegemónico, pero también bajo el imperio de la ley internacional. Estos hombres defendían, sin ingenuidad y con todas sus fuerzas, la supremacía, no solo económica, sino ante todo política y moral de los Estados Unidos sobre el resto del planeta. Pero consideraban a los demás países como interlocutores con los cuales era preciso relacionarse en un nivel elemental de respeto y paz. De ahí el afán de subordinar a todas las naciones, incluidos los Estados Unidos, al imperio de las leyes internacionales, es decir, de las normas y principios del Derecho internacional, aunque, por supuesto, este expresara esencialmente los intereses imperiales.

Menos de cien años después, al iniciarse el siglo xxi, hemos sido testigos del advenimiento a la Casa Blanca de un presidente republicano que proclama y practica

el desprecio a la comunidad internacional y a sus más significativas instituciones. Para George W. Bush, la ley internacional carece de significado, no tiene que ser tomada en cuenta. Nuevo emperador apoyado exclusivamente en la fuerza y las condiciones inéditas de la actual globalización mundial, se burla incluso de sus aliados tradicionales y proclama decisiones que forman parte de una política agresiva, neofascista, fundamentalista y extraordinariamente peligrosa para los destinos de la humanidad.

En contraste con las dos obras anteriores, *Tradición vs. innovación. Buscar el equilibrio en la era de la globalización*, de Thomas L. Friedman, publicado por la Editorial Atlántida, es un libro virulento, totalmente empapado del pensamiento neoliberal. Constituye la interesante argumentación de un economista muy lúcido, que desde la acera del interés egoísta que anima al neoliberalismo, lo muestra como el inequívoco destino del planeta después de vencidos los años de lo que llama «la guerra fría», en parcial alusión al modelo keynesiano-fordista y, más aún, a los momentos de la bipolaridad política.

Friedman, profundo pensador y formulador de hipótesis y doctrinas, afirma que la «era actual de globalización no es solo diferente en grado; en muchas maneras importantes también es diferente en clase». Este hombre, que ha reflexionado como ningún otro tanque pensante en los Estados Unidos sobre la naturaleza, esencia y proyección del modelo neoliberal y la globalización que implica, dice sin ambages:

La idea rectora tras la globalización es el capitalismo del libre mercado; cuanto más se permita dominar las fuerzas del mercado y cuanto más se abra la economía al libre comercio y a la competencia, más eficiente y floreciente será la economía. La globalización implica la propagación del capitalismo de libre mercado a virtualmente todos los países del mundo. La globalización tiene también su propio

conjunto de reglas económicas, reglas que giran en torno de la apertura, desregulación y privatización de la economía.

El autor, que defiende apasionadamente el dominio de las frías y amorales reglas del capitalismo neoliberal, afirma con su característico desenfado:

La globalización tiene también su propio modelo demográfico: una rápida aceleración del movimiento de gente de las áreas rurales y estilos de vida agrícolas a las áreas urbanas y estilos de vida urbanos más íntimamente vinculados con la moda, la comida, los mercados y tendencias de diversiones globales.

Pero a fuerza de describir con toda sinceridad (su sinceridad) y crudeza el modelo político y económico que preconiza, confiesa tranquilamente:

Si la ansiedad característica de la Guerra fría era el temor a ser aniquilado por un enemigo que se conocía demasiado bien en una lucha mundial fija y estable, en la globalización la ansiedad característica es el temor al cambio rápido proveniente de un enemigo que no se ve, no se toca ni se siente; la sensación de que nuestro empleo, nuestra comunidad o lugar de trabajo puede ser cambiado en cualquier momento por fuerzas económicas y tecnológicas anónimas, que son cualquier cosa menos estables.

En alguna medida, estos tres libros tienen una cierta unidad orgánica al demostrar, desde ángulos y perspectivas de análisis y de reflexión diferentes, la naturaleza despiadada, cada vez más brutal y amoral del sistema que domina en los Estados Unidos y se impone, tanto en el plano político como económico, en gran parte de nuestro mundo.